

DOS DE NOSOTROS

JAVIER CÓRDOBA

Sin embargo, sólo la muchacha parecía ver lo que los demás no veían y lo que las casas sólidas ni siquiera sospechaban: que éstas habían sido levantadas sin cautela como quien en la oscuridad se duerme sin haber en un cementerio.

Clarice Lispector. *La Manzana en la Oscuridad*.

PIENSA QUE ESA CARA DE NIÑO LEJOS DE SU CASA sabe pelear, de ángel a la puerta del infierno; puede pasar por asesina. Delmónicos me capta con su par de ojos extraviados en otras contemplaciones. Algo así como Punto Muerto ¿recuerdas? A veces tenía accesos de risa inoportunos; en el vestíbulo alfombrado de rojo, royendo palomitas de maíz como tejón, como mapache. Como... Lobo? Ja, no te burles.

Yo he marcado y esgrafiado mujeres desnudas en la dura madera del pupitre, con la punta del compás un lápiz sin punta, roto. Y una regla de metal. "Estaba solo bromeando" y "Piernas Calientes", no querían hacernos caso, y era mi deber fabricar muñecas obedientes.

—Soy muy feo. Lamentaba. —Es sólo cuestión de reír un poco y tirarlo al olvido. Yo, con la seriedad que el caso ameritaba, y una risita gratificante y maliciosa al final.

En el recreo destripa las tortas y tira el aguacate y dice que no le gusta. Se mueve como robot y mastica. Es demasiado grande para su edad y da la sensación de apachurrarlo todo.

Se limpia las migajas de la torta y abre una golosina con los dientes. Sus dientes son grandes, como de caballo; bastante tonto y enamoradizo. Míralo ahora en esa fotografía. En el recuerdo parece una araña capulina. Por lo negro y deshabitado, por lo duro y brillante del cuerpo.

Músculo sobre músculo adquirido en el gimnasio. Madriza sobre madriza en los pómulos, la nariz, los labios. Sin contar sus cejas de diablo.

—El muy diábolito. Solía decir la Pituca cuando yo le informaba: —Lalo no sabe más que pensar en ti. Y sonreía; pero nunca dijo sí. Aquí te espero, nos vemos en la noche.

Inflado de orgullo, con el saco durísimo y pesado frente a él; Se dedicaba a soltar derechazos, hasta que le dolían los puños y regresaba a casa.

Sueña con apuñalar, destruir, capturar.

Pero una vez despierto sólo le quedan dos puños como marros para desconectar esa bomba de tiempo que es vivir, que es amar, que es estar aquí.

Pituca no me quiere, piensa. Y quizá es cierto, pero para él tiene un efecto demoledor, aplastante. Ese es el drama, la chingadera.

—No hay peleadores guapos. Se mofa. Empezaba a levantar 150 kilos, y de un apretón de manos podía hacer que le pidieras perdón.

AHORA EL ARCANGEL ES UN HOMBRE GRANDE, Y tiene un público que lo sigue, lo saluda cuando va en la calle y le aplaude y apoya cuando esta sobre el ring. —Soy gladiador porque luché en el Coliseo. ¿Y el que lucha en el Coliseo qué es?

Pues a güevo un gladiador.

Borracho, con su cara de caifán. Tiene el cuarto tapizado con afiches de Los Angeles, los trae por kilos cada que va ahí. Es rico partir gabachas madres —solía decir a sus amigos. Los dedos pesados de anillos y una vida que de pronto resultaba tolerable. Sonriente con sus amigos, no muy borracho y buen entrenador.

Digo, un accidente era lo peor que podía pasarle. Era su punto débil y le pasó.

—Te pago el pasaje, la estancia, la comida. Qué más quieres. Estás jodido si no conoces Los Angeles gratis. Y yo: tengo exámenes. Mejor otro día. Y es que sentía que se iba a poner pesado, y borracho.

Dicen y es cierto, que más peca quien supone quién se robó la gallina que el mismo que se la robó. Pues esa noche mi amigo el boxeador se lastimó casi todos los huesos a grado de fractura y se cortó cabeza, cara y cuello en un accidente aéreo. Algunos de sus órganos internos también sufrieron magulladuras y derrames diversos.

Era una momia cuando lo ví, y tardó muchos meses en recuperación. Como un embudo que se va llenando de vida alimentado por esas mangueritas huecas. Algo así como un capullo; con una mariposa negra y mecánica al final de metamorfosis.

Es una máquina de asesinar, sin embargo nada ha cambiado dentro de él, para con la Pituca. Su amor ha permanecido ahí como un duro cristal de brillante.

Pero la figura de ella es solo un fantasma como las otras.

Un fantasma dividido en pequeños fantasmillas: seis fotografías; donde aparece todo el grupo escolar desde primer hasta sexto grado. Las seis sonrisas de la Pituca parecen ser las mismas. Los ojos, las bocas. Todo.

Y él pasa horas contemplando las fotografías con cara de felino sin presa. De vampiro huyendo en la madrugada. Corriendo a encontrarse con la última y trasnochada puta, después de pasar la noche buscando un sueño.

A veces las golpea, las cachetea, las sangra. Y les paga con un billete de tres ceros. Se embriaga, se masturba.

Ahora comprende que su amor, es un amor a muerte.

Otras veces se desquita en el ring. No por nada ha sido campeón tres veces. Le gusta ver la sangre de sus contendientes manchando el cuero de sus guantes. Por lo común sale en hombros sobre una multitud beoda, hilarante: dedos alefantiáscos, piernas cabañales, cara de monstruo y corazón de pájaro.

"Qué tan tonto era yo" canta Rod Stewart, mientras él llora. "Que nunca pude ganar". Está a punto de mandarse morir. El rostro de ese sueño se estrella en mil pedazos como un espejo. Y él finalmente no ha tenido nunca nada de ella.

ARCANGELO TIENE UN RESTAURANT, DONDE SIEMPRE va a comer, vestido de azul casimir listado. Ha luchado con el negocio también en el campo de las finanzas. Y tiene la suficiente zagacidad como para pasar hombres respetables y sus respectivos lujos, muchachas; la cara agría del que odia gastar, y es lo único que pudo hacer en la vida.

El gesto de aquella otra foto de periódico me parece representativo. Podría apostar que es el rostro con que se presentó alguna vez en su historial, en una agencia de ¿como llamarlo?

La mujer simplemente tomó la fotografía que era requisito indispensable, y le tendió un papel crujiente, marcado con agujeritos, señalándole el sofá rojo muy confortable.

Cinco minutos más tarde apareció de nuevo, toda vestida de blanco como enfermera. "De angelito", sonrió él entre sí; y lo condujo por un pasillo estrecho y blanco, con la tarjeta sudosa, marcada con su dura caligrafía de escolar bajo el brazo.

Ya no puede creer que Pituca solo sea lo imposible. Ahí empieza una larguísima temporada de idilio con la pluma. Casi siempre

termina con varias hojas atiborradas en un sobre manila y cinco pesos de timbres. El buzón es ahora un gran amigo de él; porque él no cree más que en esas cartas que parecen trozos de Pituca. Trozos que le ayudan a sobrevivir ese cuerpo agonizante que habita. Del otro lado, una mano delgada, casi siempre fría; recoge el sobre amarillo.

DEL OTRO LADO HAY UNA MUJER SOLITARIA QUE sale de su departamento y se dirige al edificio de Correos en las primeras horas de la mañana.

Es imposible creer que dos estén de acuerdo en ese constante rechinar de puertas que se abren, autos que arrancan y multitudes que caminan como autómatas.

Quizá piensa que es calvo y terriblemente tímido. Un poco gordo, también; y debe trabajar en una oficina de gobierno.

Estruja el sobre y lo ingresa en el bolso negro. Piensa que se está haciendo viejo y quiere casarse porque su mamá ha muerto y tiene miedo a quedar solo.

Juega a escribirle cartas y a enamorarse de ese loco romántico que parece vivir para comprar papel y plumas. O quizá porque tiene miedo también a la soledad o porque amar a un hombre por lo que escribe es amar a un hombre sin sexo.

Cree, la muy inocente, que el amor no tiene rostro. Su único problema con los hombres ha sido la corporeidad. No pudo nunca resistir la idea de agresiones como un beso, una lengua, una penetración...

Juega a buscarle una cara agradable a ese hombre autor de páginas estrujadas que parecen tener un origen muy remoto. No sabe

que el hombre la mira todos los días desde su buró, desde veinte años atrás; desde esa fotografía que compró en doce pesos y que únicamente se ocupó de anmarcar y colocar y llevar consigo en sus múltiples cambios de departamento.

Animales de dos caras, ya lo dijeron. Van a encontrarse o a desencontrarse como lo hicieron en el pasado.

MUCHAS VECES HABLO DE ESA SENSACION DE VACIO, de infinita dicha y esperanza con que se había acercado a la Pituca. Para todos nosotros no era otra cosa sino la compañera gritona, inconforme; odiosa por su inteligencia y sus gafas. Demasiado flaca para conmover y agresiva.

Esa sensación había vuelto de forma inesperada al escribir la carta descisiva, ya que no era posible conformarse con las cartas. Su cuerpo pedía siempre otro cuerpo. Y él estaba sembrando un camino de papel escrito hasta su puerta.

"Sería hermoso verte venir vestida de verde" escribió. "Un bolso café con cierre plateado".

Piensa en el rostro juvenil que ha guardado en la memoria. Una daspositiva blanquecina de una jovencita de dientes blancos, y una playera ban-lom, donde surgen sus brazos como trozos de mármol.

La ciudad se desliza detrás de la ventanilla; para él sólo existe el murmullo de voces apagadas durante mucho tiempo dentro del pecho, la cabeza. Ha querido ser demasiado listo. En lugar del traje gris rata, se ha puesto uno gris oxford. Convertido en mancha negra avanza penosamente en las calles cada vez más oscuras.

Y ella ha sido derrotada por el miedo poco a poco. Ha pensado y repensado y analizado un posible error. Al salir hacia el viento cargado de polvo, no lleva el vestido verde de seda. Simplemente lleva un trajecito marrón de dos piezas.

Están ahí esperando, desesperando cada minuto. Se miran, sospecha. Pero el pudor les impide hablarse. Llega el momento en que no creen en nada, que se arrepienten.

Ella enloquece bajo la mirada escrutadora de aquel mastodonte capaz de violarla. Las sombras alarmantes de la noche y el alumbrado público la ponen en una estrecha franja de estabilidad emocional.

Quiere llorar, morir, destruir con fuego todas las cartas y recuerdos.

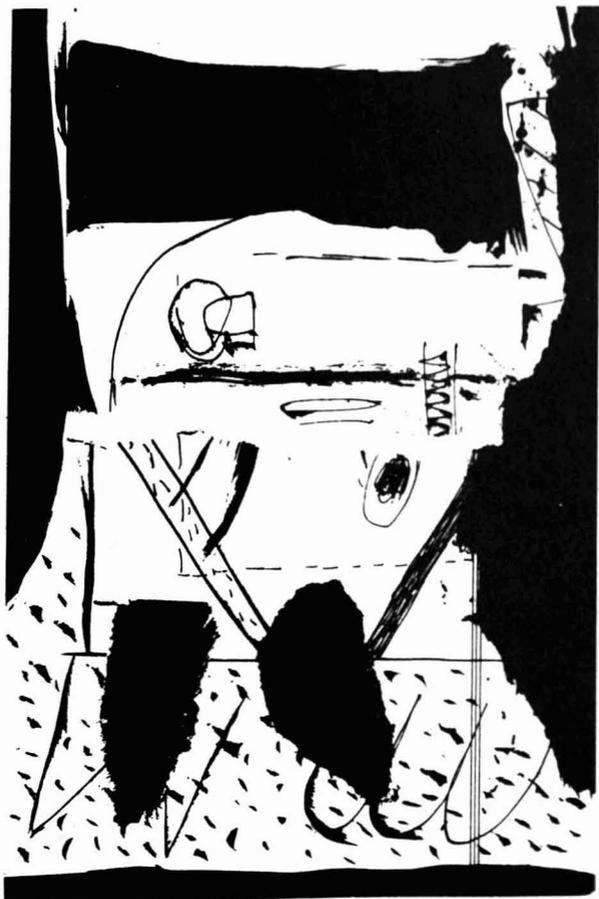
No hay palabras para explicar mejor lo que dice una ausencia. El tiempo pasa y con el hastío viene el cansancio.

Las dos figuras buscan un lugar cómodo para reconciliarse con sus más antiguos sentimientos. Se deslizan, casi sin vida, en un crepúsculo violento y airoso.

Direlococomio odia sus manos que sólo sirven para doblar latas de cerveza, corcholatas de refrescos. Cierra los ojos para no ver a la gran ciudad celebrando el centenario de su caída. "¿Qué esperanza puede haber para un hombre solo, que escucha el llanto de una mujer sola, en una banca de parque el domingo por la noche?", piensa. Y sus manzanas se estrujan entre sí, torpes como las de un bebé.

Sufre, tiene celos, tiene sueños; pero quiere que no le importen. Sólo quiere una mujer. Sólo quiere darle el consuelo que necesita esa mujer, sentada a unos cuantos centímetros en la dura losa de cemento.

"Disculpe usted", dice, tratando de tragar su voz ronca. Mirando el trozo de mujer que parece tenerle miedo: "¿No debería venir vestida de verde?"



DIBUJO DE GILDA CASTILLO